

OTRAS FORMAS DE (DES)APRENDER



Investigación feminista en tiempos
de violencia, resistencias y decolonialidad

AA.W.

OTRAS FORMAS DE (DES)APRENDER



Investigación feminista en tiempos
de violencia, resistencias y decolonialidad

AA.VV.

- DURÁN, María Ángeles (1991): “La conceptualización del trabajo en la sociedad contemporánea”, *Revista de Economía y Sociología del Trabajo*, 13-14, 8-22.
- HARNOIS, Catherine E. (2013): *Feminist measures in survey research*, SAGE, EE.UU.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA (2004): *Encuesta de Empleo del Tiempo 2002-2003. Tomo I. Metodología y Resultados Nacionales*, INE, Madrid, disponible en: http://www.ine.es/daco/daco42/empleo/empleotiempo03_metynac.pdf.
- LEGARRETA, Matxalen (2008) “El tiempo donado en el ámbito doméstico. Reflexiones para el análisis del trabajo doméstico y los cuidados”. *Cuaderno de Relaciones Laborales*, 26 (2), 45-69.
- (2012): *El tiempo donado en el ámbito doméstico-familiar. Estudio sobre el trabajo doméstico y de cuidados*. Tesis doctoral inédita. Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea.
- LEGARRETA, Matxalen y Cristina GARCÍA SAINZ (2015): “Las familias y el reparto del trabajo doméstico”, en LEGARRETA, Matxalen (coord.): *Dos décadas de cambio social en la C.A. de Euskadi a través del uso del tiempo. Encuesta de Presupuestos de Tiempo, 1993-2013. Monográfico*, Instituto Vasco de Estadística-Eustat, Vitoria-Gasteiz.
- LEGARRETA, Matxalen y Marina SAGASTIZABAL (2018) “Haciendo visible el trabajo invisibilizado (que no invisible): las encuestas de usos de tiempo”, *Dossiers EsF*, 29, 25-29.
- LUXÁN, Marta, Jokin AZPIAZU y Mila AMURRIO (2018): *Abriendo el cajón de las violencias sexuales. Evaluación local del proyecto USVreact y sus formaciones*, UPV/EHU, disponible en: <http://usvreact.eu/wp-content/uploads/2018/02/Abriendo-el-cajon-de-las-violencias-sexuales-Informe-Local-USVreact-EHU-UPV.pdf>.
- LUXÁN, Marta y Jokin AZPIAZU (2016): *Metodologías de Investigación Feminista*. Material didáctico del Máster en Igualdad de mujeres y Hombres: Agentes de Igualdad. Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea.
- MOLINIER, Pascale (2011): “Antes de todo, el cuidado es un trabajo”, en Luz ARANGO, Gabriela y Pascale MOLINIER (comp.): *El trabajo y la ética del cuidado*. Universidad Nacional de Colombia, La Carreta, Medellín.

TORNS, Teresa (2007): “El cuidado de la dependencia. Un trabajo de cuidado”, *Revista Mientras Tanto*, 13, 33-43.

– (2008): “El trabajo y el cuidado: cuestiones teórico-metodológicas desde la perspectiva de género”, *Empiria. Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, 15, 53-73.

PÉREZ OROZCO, Amaia (2006): *Perspectivas feministas en torno a la economía: el caso de los cuidados*, Consejo Social y Económico, Madrid.

SAGASTIZABAL, Marina y Marta LUXÁN (2015): “Género y tiempo”, en LEGARRETA, Matxalen (coord.): *Dos décadas de cambio social en la C.A. de Euskadi a través del uso del tiempo. Encuesta de Presupuestos de Tiempo, 1993-2013. Monográfico*, Instituto Vasco de Estadística-Eustat, Vitoria-Gasteiz.

WESTMARLAN, Nicole (2001): “The Quantitative/Qualitative Debate and Feminist Research: A Subjective View of Objectivity”, *Forum: Qualitative Social Research* 2(1), art 13.

Capítulo 6

Aplicaciones metodológicas en feminismos y de(s)colonialidad

Rocío Medina Martín

Introducción

En las siguientes páginas se abordan algunos de los principales dilemas epistémicos y metodológicos que emergen cuando se investiga a partir de los feminismos descoloniales, decoloniales y/o poscoloniales¹. Para ello nos acercaremos a la cuestión de la epistemología feminista descolonial y sus implicaciones políticas, a la relación entre activismo e investigación y al reconocimiento de “la otra” como sujeto de pensamiento mediante la construcción de una agenda compartida, a la vez que abordaremos algunos de los debates y dificultades metodológicas que estas propuestas implican. Por último, retomaremos las reflexiones colectivas que surgieron en el taller propuesto por Hegoa y SIMReF en las *IV Jornadas de Metodología de Investigación Feminista: violencia y resistencias* (2018), y a partir del cual nace este texto.

Como punto de partida, se asume que todo lo producido hasta ahora por los feminismos descoloniales ya ha legitimado sólidamente la necesidad de cuestionar una compresión hegemónica de la opresión de género basada en “la” experiencia de la mujer blanca, occidental, heterosexual, de clase media y a menudo urbana. Esta opresión –en singular– ha funcionado como una categoría monolítica basada únicamente en la división sexual y/o genérica, y por eso los feminismos descoloniales se han empeñado en desvelar las otras variables constitutivas –y no sólo aditivas– en las diversas subordinaciones de género que las mujeres sufren y resisten, a saber: la “raza”, la clase, la etnia, la sexualidad, la religión, etc. (Curiel 2009 y 2010; Meloni 2012; Medina 2013).

1 Aunque en otros textos he ahondado las diferencias y matices entre las diferentes formas de denominar a estos feminismos, también conocidos como periféricos (Medina 2013), a lo largo del texto usaremos la denominación genérica de feminismos descoloniales para referirnos a toda una genealogía de pensamientos feministas críticos con los pensamientos políticos feministas eurocéntricos o feminismos hegemónicos (Lugones 2005 y 2011; Espinosa 2009 y 2014; Medina 2014).

Reducir la subordinación de las mujeres a su diferencia sexual supone obviar que “aunque el sexism como sistema de dominación está institucionalizado, nunca ha determinado de forma absoluta el destino de todas las mujeres de la sociedad” (hooks 2004: 37-38).

Los feminismos descoloniales tienen en común una doble tensión: de un lado con los feminismos hegemónicos (Medina 2014) y de otro lado, con sus propias plataformas identitarias y las normativas de género que las fundamentan (Suárez y Hernández 2008: 10-13). La investigación feminista descolonial no deja de reconocer las relaciones de poder de género al interno de las culturas, no es por tanto relativista; más bien, complejiza esas relaciones junto a otras variables, contextualizándolas. Como escribe Chandra Talpade Mohanty (2008: 134):

“Las mujeres están constituidas como grupo a través de una complicada interacción de clase, cultura, religión y otras instituciones y marcos de referencia. No son “mujeres” –un grupo coherente– simplemente en función de un sistema económico o una política particular. El reduccionismo de semejantes comparaciones transculturales resulta en la colonización de los elementos específicos de la existencia cotidiana y de las complejidades de los intereses políticos que representan y movilizan a las mujeres de distintas culturas y clases sociales”.

En definitiva, se parte de una de las grandes tensiones históricas y actuales al interior del mismo pensamiento político feminista: la pregunta sobre el papel que deben jugar otras variables en el entendimiento de la subordinación de las mujeres, es decir, el debate mismo sobre el sujeto político feminista. En última instancia, lo feminista descolonial nos propone trascender el sexo-género como la única variable que explicaría la subordinación de las mujeres, enriqueciendo lo que entendamos por feminismos según las experiencias y discursos de las mujeres que se han considerado excluidas de los feminismos hegemónicos.

1. Los feminismos descoloniales como reto epistémico y político

Los feminismos descoloniales², en su dimensión de crítica epistemológica a la construcción moderna y racionalista del pensamiento científico (Castro-Gómez y Grosfoguel 2007), conectan en algunos casos sus aportes con las críticas epistemológicas feministas al androcentrismo científico (Blazquez 2011), especialmente en lo que concierne al sexismó epistémico en la producción de conocimiento. Sin embargo, los feminismos descoloniales han hecho suya la tarea de revisión del pensamiento feminista hegemónico desde la crítica a la modernidad, no sólo por su androcentrismo y misoginia, tal como lo hiciera la epistemología feminista clásica, sino también por su carácter racista y eurocéntrico (Espinosa 2014: 267).

Aunque el ámbito de lo descolonial se asienta sobre una sesuda reflexión crítica que ha emergido de prácticas políticas muy diversas, aún recién se comienzan a indagar las metodologías de investigación que usamos cuando hay que “ir al campo” (Puentes 2014), lo que sin duda nos devuelve a discusiones teóricas y epistemológicas de primer nivel, porque:

“El problema de la científicidad no es solamente un problema teórico, es también un problema metodológico [...] mi metodología es más que una lista de técnicas de recolección de datos, precisa de una discusión teórica, contextualizada y práctica” (Suárez-Krabbe 2011: 188).

Las metodologías feministas descoloniales son un terreno aún en construcción por parte de las activistas/pensadoras feministas descoloniales. La cuestión no es menor. De la misma manera que las instituciones políticas no están configuradas para socializar el poder político, la academia eurocentrada y sus métodos de investigación no están construidos para que socialicemos el poder epistémico, ése que otorga la legitimidad de enunciar “la realidad”. Más bien al contrario, la colonialidad epistémica que habita en el corazón mismo de nuestras universidades, disciplinas y métodos de investigación hace indispensable ir descolonizando la universidad si queremos construir un pensamiento científico social intercultural y transdisciplinar que supere la dicotomía doxa/episteme (Castro-Gómez 2007). En palabras de Catherine Walsh (2007: 103):

2 En el Estado español fueron editadas dos compilaciones claves para entender la difusión aquí del pensamiento feminista pos/descolonial; véase Liliana Suárez y Rosalba Aída Hernández (2008) y bell hooks *et al.* (2004).

“El problema no descansa simplemente en abrir, impensar o reestructurar las ciencias sociales como algunos estudios sugieren, sino más bien en poner en cuestión sus propias bases. Es decir, refutar los supuestos que localizan la producción de conocimiento únicamente en la academia, entre académicos y dentro del cientifismo, los cánones y los paradigmas establecidos”.

Incluso en aquellas investigaciones de corte más crítico, la ausencia de las voces protagonistas en los fenómenos sociales como voces que construyen y dicen pensamiento teórico, no está siendo suficientemente problematizada. De ahí la importancia de reconocer la dimensión política del mismo contexto heurístico de una investigación. Pararnos a analizar para quiénes investigamos, con quiénes lo hacemos y para qué, implica ya una reflexión política y ética sobre la función transformadora o de mantenimiento del *status quo* de nuestras investigaciones (Gimeno 2011). Hoy es imposible ignorar nuestra responsabilidad ética y política en la producción del conocimiento, sobre todo si nos consideramos parte de una investigación feminista descolonial que ha asumido la necesidad de contextualizar e historizar las diversas formas de luchas de las “otras” mujeres.

En este sentido, los feminismos descoloniales suponen una apuesta política y ética por socializar el poder epistémico en la construcción del conocimiento *con* quienes generan saberes, teorías y prácticas a partir de su realidad vivida, y esto es lo que comparten propuestas metodológicas como los conocimientos situados (Haraway 1995), la interseccionalidad de los feminismos negros (Hill Collins 2012), la identidad múltiple (Anzaldúa 1990), el feminismo antirracista (Curiel 2007), el feminismo descolonial (Lugones 2008 y 2011), los feminismos desde Abya Yala (Gargallo 2014) o los feminismos de la diversidad (Hernández Castillo 2003), entre muchas otras. A partir de estas formulaciones, los feminismos descoloniales han evidenciado los sesgos de las metodologías feministas eurocentradas al abordar cuestiones como la diversidad cultural, las relaciones norte/sur o la diversidad de experiencias y subjetividades generadas en función de cómo interseccionan cuestiones estructurales como el racismo, el clasismo y el sexismo.

Actualmente, en el Estado español, la investigación social está viviendo una suerte de rebelión metodológica por parte de investigadoras, pensadoras y/o activistas descoloniales que están indagando, conjuntamente, tanto el racismo y el clasismo que perviven en los feminismos hegemónicos como el androcentrismo que también habita el pensamiento social crítico y descolonial (Medina 2014 y 2016). Considero que estas mujeres (la inmensa mayoría

lo son), que están apostando por estas otras formas de hacer investigación feminista, han comprendido con profundidad que toda elección epistemológica es política (Meloni 2012), y es por eso que se embarcan en estos proyectos investigativos a pesar de las dificultades metodológicas aún existentes.

A menudo, investigar desde los feminismos descoloniales supone nadar a contracorriente ante cierta academia que aún defiende ser el único lugar posible de producción de pensamiento. En este sentido, los feminismos descoloniales son *per se* un método que nos ayuda a deconstruir la arraigada idea de que las prácticas sociales ocurren en los sures y el pensamiento teórico en los nortes³. Con todas sus dificultades, repensar entre muchas los caminos metodológicos para esta tarea es uno de los senderos más esperanzadores que hoy podemos recorrer para la transformación social feminista global.

Ahora bien, no sólo nuestros posicionamientos éticos y políticos nos han llevado a investigar lo que investigamos. Lo personal es político, y tales posiciones están a menudo relacionadas con nuestras propias historias y necesidades personales. Y en esta toma de conciencia, a veces difícil, suelen aparecer no pocos dilemas éticos sobre el para qué y para quién de nuestro trabajo: ¿hasta qué punto se está respondiendo a búsquedas personales o colectivas?, ¿de qué manera trascender los sesgos inconscientes que podamos estar ejerciendo sobre la investigación?, ¿cómo evitar una investigación extractivista al servicio de nuestras necesidades más personales? Sin entrar ahora a valoraciones de corte terapéutico, existen mecanismos que permiten reubicar ese tipo de interrogantes y dudas, como la co-elaboración de la agenda de investigación con los colectivos con los que se trabaja, asumiendo incluso la diversidad de intereses en su interior, siempre que se trate de agendas de investigación pactadas.

Los cuestionamientos sobre para quiénes y para qué intereses investigamos también pueden desembocar en un dilema sobre la oportunidad de la investigación. Especialmente en situaciones donde otras necesidades básicas son crónicas (como situaciones de refugio, conflicto o postconflicto), las demandas feministas pueden llegar a interpretarse por algunos sectores como superfluas. De nuevo, la respuesta está en el proceso de co-elaboración de la agenda de investigación que se mantendrá vivo durante gran parte de la investigación. Es ahí donde iremos descubriendo la legitimidad de unas u otras prioridades, y comprendiendo las experiencias y discursos que las justifican. Sobre esto volveremos en las siguientes páginas.

3 Utilizo los términos sures y nortes en su acepción simbólica, no geográfica.

2. La socialización del poder epistémico: activismo, academia e investigación comprometida

Casi siempre que se acude a lo descolonial, resulta pertinente recordar que gran parte del planeta y de los grupos humanos que lo habitan comparten una historia de invasión, diplomática o armada, de colonialismo y colonialidad que dura ya más de 500 años (Mignolo 2007: 33). Es la historia del saqueo, del expolio y del *epistemocidio* (De Sousa Santos 2009) que construyó a Occidente como referente civilizatorio de las tesis evolucionistas y desarrollistas que aún hoy sustentan las ciencias sociales. Se trata de una violencia epistémica (Spivak 2008) aún hoy fuertemente invisibilizada desde de la investigación social. A pesar de todo lo que desde disciplinas como la antropología, las ciencias políticas, la lingüística o la historia podamos llegar a indagar *sobre* las subalternidades y sus relatos, en pocas ocasiones nuestras investigaciones hacen escucha consciente de la violencia colonial directa o indirecta sufrida por las poblaciones fuera o dentro de nuestras sociedades (Gimeno 2011).

El falso dilema entre activismo y academia (Leyva 2011) no es banal. Al fin y al cabo, nos ayuda a entender qué sujetos y procesos cuentan –o no– con legitimidad epistémica, y por qué. Si lo epistémico es político, es menester estar atentas a todas aquellas realidades desahuciadas por la investigación científica-social, especialmente si apelamos a la rigurosidad académica. Especialmente en disciplinas como la economía, las ciencias políticas, el derecho o las relaciones internacionales, bajo la excusa de la neutralidad y la objetividad del pensamiento científico, se ha venido justificando que el análisis y la denuncia de la violencia global actual convoque al mundo del activismo político o de la atención humanitaria, pero no a la investigación académica. En el año 2012 intenté comprender por qué, salvo excepciones, en el mundo del pensamiento político español la comunidad saharaui no era reconocida ni como objeto ni como sujeto epistémico:

“Que el pueblo saharaui esté siendo construido, mediática y políticamente, como el pueblo víctima de un momento histórico en el que ‘no se pudo hacer nada más’, como un conflicto ‘entre iguales’ y ‘sin solución’, es una jugada simbólica y dialéctica que naturaliza y eterniza la situación, silenciando, de este modo, las causas políticas y económicas. Este proceder es sólidamente afín al pensamiento neoliberal, al invisibilizar las causas, desaparecen de la rigurosidad académica el expolio de los fosfatos y la pesca, las prospecciones de petróleo, los acuerdos económicos ilegales

firmados por la Unión Europea, la venta de armas a Marruecos, etc. De este modo, los beneficios económicos que todo esto arroja y la responsabilidad internacional de las empresas y países que se benefician de los recursos que pertenecen a un Territorio No Autónomo pasan, como por arte de magia, a ser un tema de activismo político, cooperación internacional, solidaridad, etc.” (Medina 2012: 58-59).

Según Boaventura de Sousa Santos (2009) es necesario hacer una *sociología de las ausencias* que nos ayude a encontrar criterios de validez del conocimiento que otorguen visibilidad y credibilidad a las prácticas cognitivas de las clases, pueblos y grupos sociales históricamente victimizados, explotados y oprimidos por el colonialismo y el capitalismo globales. Frente a la idea mesiánica de una *Universidad de vanguardia* llamada a aprehender la realidad y la verdad para dar recetas, nuestra tarea como investigadoras feministas descoloniales pasa más por desvelar los anatemas, sombras y silencios históricos en las ciencias sociales, descolonizando así el conocimiento, pues el peligro que enfrentamos las ciencias sociales es contribuir a proyectar u oscurecer aún más las sombras y profundizar los silencios, “padeciendo una ceguera de segundo orden que no nos deja ver que no vemos. Nuestra función debería ser ofrecer relatos científicos sobre las situaciones que están ocurriendo en el mundo real” (Gimeno 2015: 7).

En este sentido, también estoy de acuerdo con Juan Pablo Puentes (2014) cuando plantea explorar las conexiones entre propuestas metodológicas como la investigación-participativa o la *antropología a demanda* (Segato 2011) con las metodologías feministas descoloniales en construcción, para pensar la articulación de espacios colaborativos donde construir conocimientos y agendas conjuntamente entre los saberes diversos que a menudo investigadoras y activistas poseen. También la investigación co-laborativa (Leyva, Burguete y Speed 2008) propone que los objetivos, la agenda y la sistematización de las investigaciones sean co-elaborados por personas investigadoras y por los propios grupos organizados en lucha, lo que responde perfectamente a la demanda descolonial de socializar el poder epistémico.

Por su parte, Charles R. Hale (en Gimeno y Castaño 2014: 3439) diferenciaba entre el intelectual público reconocido, la investigación descolonizada, la investigación activista y la investigación militante, explicando además los matices entre todas estas propuestas y sus tensiones internas. Sin embargo, también hace una apuesta expresa por superar esta fragmentación y comprender que la investigación comprometida es en realidad una militancia

por la “vida” donde caben estas cuatro posiciones que, además, podemos usar estratégicamente según cada momento.

En cualquier caso, ninguna de estas propuestas metodológicas anula el valor de las categorías analíticas ni de las disciplinas científicas modernas. Se trata más bien de ampliar el campo de visión abierto por la ciencia moderna generando un pensamiento integrativo que las desborde (Castro-Gómez 2007) y haciendo visibles las pretensiones coloniales e imperiales de la racionalidad hegemónica dominante que se pretende única (Walsh 2007: 104). Por tanto, propone estar disponibles a un diálogo de saberes (de Sousa Santos 2005) que nos permita, junto a los otros y las otras, reformular los mapas del poder epistémico. En esto consiste acompañar los procesos de emancipación social desde una *Universidad de retaguardia* que se hace responsable de la producción rigurosa del conocimiento desde múltiples lugares, y se compromete a acompañar procesos de transformación social impulsados en las luchas por construir un mundo humano (de Sousa Santos 2009; Gimeno 2012).

En última instancia, todas estas posibles alianzas metodológicas convocan aquí la idea fundamental de que los criterios de validación de la producción del conocimiento están en el grado en que las ciencias sirven o no a los fines de la liberación, fines que se fijan *en* la realidad, en el movimiento dialéctico inseparable de la realidad *con* los sujetos con quienes trabajamos, lo que requiere sin duda metodologías de la “proximidad metodológica” y compromiso con los y las excluidas (Orlando Fals Borda, en Suárez-Krabbe 2011).

3. Sujetas de pensamiento: conversaciones, testimonios y silencios

Investigar a partir de los feminismos descoloniales también nos interpela directa y especialmente como investigadoras feministas. Situarse a una misma es un requisito indispensable en cualquier investigación que asuma que la producción de conocimiento es siempre intersubjetiva y dialógica. Ahora bien, reconocer el carácter situado de la investigadora (Haraway 1995), es decir, atender a cómo nuestra posición en relación a las categorías/ejes sexo-género, clase, “raza”, religión, ubicación geopolítica, etc. incide en nuestra producción situada y parcial de conocimiento, no siempre conlleva comprender que, en realidad, coproducimos el conocimiento que manejamos. Aunque nuestros estudios puedan producir entendimientos complejos desde una perspectiva

científica, sin embargo, “lo que pudimos ver en el campo, se debe a los conocimientos y las perspectivas introducidas por los propios protagonistas de los procesos de cambio que estudiamos” (Gimeno 2015: 157).

Si “la subalternización significa cortar la conexión entre las líneas de movilidad social, de acción social, de la esfera pública y un grupo” (Spivak 2010: 36), podemos considerar que el reconocimiento académico de la agencia histórica de esos sujetos y de la politicidad de sus discursos y prácticas, cuando menos, podría reforzar la subjetividad política de esas subalternidades. Nuestra tarea es la de legitimizar el pensamiento fronterizo como aquél que emerge en la herida colonial (Mignolo 2007).

Reconocer a las personas *con* quienes investigamos como sujetas de pensamiento y creadoras de teoría feminista supone, para quien investiga, cuestionarse el lugar que ocupa en el mapa de relaciones de poder que han generado las ciencias sociales y, por tanto, dejar de investigar “sobre” para investigar “con” (Gimeno 2015). Esto reformula necesariamente ciertos cánones interpretativos que como feministas eurocentradas hemos asumido sobre lo que es o no ser feminista (Medina 2014). Se trata entonces de “reconocer la teoría y las visiones de la gente con la que se trabaja, e ir, en compañía con ellos, aprendiéndolas y adaptándolas al quehacer científico y viceversa” (Suárez-Krabbe 2011: 199). Es por eso que, si se pretende descolonizar el conocimiento reconociendo esas otras voces, no es posible usar métodos de investigación determinados *a priori*, sino que se requiere de una “flexibilidad metodológica basada en un principio ético de descolonización” (*Ibidem*: 201).

En este sentido, la estrategia metodológica de la *conversación* sobre temas en torno a los cuales podrían fusionarse alternativas y posibilidades, –siempre que sea una conversación en la que se “toma en serio a la otra en su diferencia”–, es lo mejor que tenemos ante la ausencia de un proyecto de transformación social en el horizonte (Gimeno 2012). Es en este *devenir* de la conversación, de la escucha consciente, política y activa de la otra como productora de saber, donde el testimonio y el relato en primera persona se vuelven el corazón de la investigación: los significados otorgados a las experiencias vividas, la propia autopercepción y las expectativas sociales de las personas que protagonizan las luchas por la emancipación. En suma, es ahí donde emerge la proyección identitaria (con todo lo que esto implica de comprensión humana y política de la otra), “lo que nadie podría verbalizar por ellas” (Juliano 1998).

En esta otra forma de relación metodológica, a menudo es necesario establecer estrategias que permitan recoger de la manera más íntegra posible las voces subalternizadas, y sus correlaciones entre experiencias, ideas y propuestas. Una de estas estrategias es citar de manera extensa lo que la gente dice cuando sea pertinente, lo que permite también recoger en lo posible el cómo y por qué lo dicen, como mecanismo para dialogar y pensar *con* (Gimeno 2012: 143). Incluso cuando aparece el fantasma de la mentira o el autoengaño es necesario interpretar la situación teniendo en cuenta que, aún en ese caso, desde un punto de vista antropológico, existiría una conciencia del “deber ser diferente” (Juliano 1998: 15).

Por último, otro elemento importante desde el punto de vista antropológico en el ámbito de las conversaciones, son los silencios, que pueden aparecer en el trabajo de campo por razones muy diversas. Desde los silencios vinculados a ciertas pautas culturales como la gerontocracia, por ejemplo, hasta temáticas que, aun a sabiendas de su existencia, nunca emergen en las conversaciones mantenidas. Cuando se trabaja en zonas en conflicto o de elevada vulnerabilidad, los silencios pueden ser también parte de estrategias individuales o colectivas de agencia donde se ha decidido, por razones diversas, no compartir siempre toda la información con las personas investigadoras. En otras ocasiones los silencios se dan en razón de experiencias de violencias coloniales tan dolorosas que necesitan espacios terapéuticos propios. Sea cual sea la razón, no deberíamos forzar la investigación más allá de los términos que propongan sus propias protagonistas. Esta es una de las pautas fundamentales a la hora de llevar a cabo la elaboración de una agenda de investigación compartida.

Otro tipo de dificultades metodológicas relacionadas con los silencios son las lagunas que encontramos en las propias ciencias sociales a la hora de trabajar con colectivos subalternizados, sobre quienes a veces es difícil encontrar datos fiables, estudios previos en profundidad, archivos o testimonios históricos. A modo de ejemplo utilizaré una situación que me ocurrió con mi tesis doctoral sobre experiencias de resistencia y agencia de las mujeres saharauis refugiadas en Tindouf. Apenas existían investigaciones académicas de corte feminista que reconocieran la agencia de estas mujeres. Salvo algunos escritos de Sophie Caratini y Dolores Juliano, lo poco que se había producido desde el mundo anglosajón terminaba colocando a las mujeres saharauis como víctimas de los hombres saharauis, quienes supuestamente las instrumentalizan en el terreno político. Además de reforzar la idea de un feminismo anclado únicamente al sexo/género, este enfoque en nada ayudaba a legitimar las voces de las mujeres saharauis ni ante los hombres ni ante la comunidad internacional, porque negaba cualquier capacidad de agencia en ellas.

Pues bien, fueron los aportes de los feminismos negros los que conectaban de una manera más clara con la manera política de entender la familia nuclear como un derecho (y no como espacio de opresión, tal y como lo conceptualiza el feminismo eurocentrónico) por parte de las mujeres saharauis, ya que como a muchas mujeres negras en el seno de la esclavitud, a las mujeres saharauis también se les había negado la familia como pueblo exiliado y en guerra⁴. Lo que, además, es compatible con los discursos más actuales que están denunciando los efectos históricos de la esclavitud de personas negras entre los y las saharauis. Un tanto de lo mismo ocurría con la manera de entender la relación entre territorio e identidad que hasta cierto punto compartían mujeres saharauis y feministas comunitarias, además de todo lo aportado por feministas islámicas y africanas sobre identidad. Si bien en ninguno de estos feminismos se había hablado aún desde las mujeres saharauis, no eran pocas las propuestas reflexivas y conceptuales que me ayudaron a comprender mejor, desde el afuera del pensamiento feminista eurocentrado, lo que las mujeres saharauis consideraban feminista.

Acudir a la genealogía descolonial feminista (Medina 2013), por tanto, además de configurar *per se* un marco teórico, puede ser una estrategia metodológica para indagar posibles pasarelas reflexivas, a pesar de las lagunas. En esa genealogía crítica con el pensamiento feminista blanco y eurocentrado se ha ido cuajando todo un nuevo paradigma de análisis feminista donde las experiencias de las mujeres racializadas, migrantes, lesbianas, indígenas, musulmanas, etc., y también de los colectivos transexuales o queer, han redefinido ya el sujeto político del feminismo (Meloni 2012; Medina 2014).

Muchas de las experiencias y situaciones políticas sobre las que nos disponemos a investigar desde los feminismos descoloniales, cuentan ya en realidad con análisis de experiencias similares durante años de elaboración crítica por parte de activistas y teóricas feministas, cuando menos desde los años setenta. Sin intención de hacer ninguna lista cerrada, es importante recordar que ése es el caso de los feminismos negros, chicanos o lesbianos, del feminismo del “tercer mundo” y de los feminismos “de color” en los años ochenta, o de los feminismos indígenas comunitarios, islámicos o gitanos un tiempo después. Aunque no suelen circular por circuitos editoriales hegemónicos, no es tan complicado como hace diez años acceder a todo este pensamiento feminista crítico que ya ha abordado con profundidad teórica

4 La guerra duró 16 años, desde 1975 hasta 1991.

la diversidad sexual, racial, religiosa, de clase o de cosmovisión, entre otras, dentro del interior del pensamiento feminista.

De hecho, en uno de los ejercicios del taller se proponía a las personas asistentes identificar aportes conceptuales de los feminismos negros, antirracistas, lesbianos, etc., según el caso, que pudieran ser útiles en sus proyectos de investigación. Esta estrategia metodológica es especialmente útil y ayuda a las investigadoras a ir reelaborando reflexiones feministas no eurocentradas en el contexto único de cada investigación.

A pesar de las posibilidades que desde ahí se abren, es necesario reconocer(nos) en la dificultad y vulnerabilidad de investigar con tan pocas fuentes, y de centrarnos entonces en trabajar a partir de los propios relatos de las protagonistas y con ellas. Sin duda, investigar reconociendo como sujetas de pensamiento a identidades y subjetividades colonizadas nunca antes reconocidas por las ciencias sociales, es un enorme y necesario desafío político que sólo podemos llevar a cabo con estrategias de reconocimiento y apoyo mutuo.

4. Reflexiones finales sobre el taller

Por último, quisiera traer al texto algunas de las principales reflexiones y debates que emergieron en el taller. Se trató de una sesión de 5 horas con unas 35 personas participantes, tres de ellos hombres, ninguna persona que se considerase racializada y tres personas originarias de Latinoamérica. Aunque de disciplinas muy diversas, la mayoría de ellas hacían en este taller su primer acercamiento a las tesis feministas descoloniales, por lo que gran parte del taller fue dedicado a explicar las claves epistemológicas propias de la descolonialidad y el marco conceptual de los feminismos descoloniales. Esto dejó menos margen del necesario a las actividades prácticas, lo que nos devuelve la necesidad de desarrollar cierto nivel de comprensión de lo que nos proponen los feminismos descoloniales antes de poder indagar en las aplicaciones metodológicas. Necesitamos fundamentar sólidamente nuestras investigaciones, defender por qué no son una propuesta de relativismo cultural sin más y calibrar las resistencias académicas que aparecerán, especialmente dentro de los feminismos. Paradójicamente, nuestra formación teórica y epistemológica crítica es, en estas investigaciones, una parte importante de la garantía de las voces subalternas en los circuitos del pensamiento crítico. De lo contrario,

nuestras investigaciones serán tachadas de activismo, humanitarismo, folclore o relativismo cultural contra los derechos de las mujeres.

Entre las diversas preguntas y actividades prácticas que se pretendían trabajar en el taller me gustaría destacar: 1) la identificación de la diversidad interna de mujeres (y hombres) con quienes se investiga, a partir de las interacciones entre las variables principales en cada caso; 2) la identificación de los tipos de silencios presentes en las investigaciones de las personas participantes; y 3) la identificación de las pasarelas entre las experiencias de los grupos con los que se investiga y la genealogía de los feminismos descoloniales. Mientras este tipo de informaciones iba saliendo a la luz, se dieron numerosos interrogantes, de entre los cuales rescato aquellos tres que señalamos y recordamos como los más interesantes.

En primer lugar, surgió en diversas ocasiones el debate sobre la legitimidad y la oportunidad de las investigaciones: ¿qué preguntas hacer en la investigación, con qué colectivos, por qué unas y otras, y hasta dónde?, ¿qué ocurre cuando nuestras investigaciones comienzan buscando a un sujeto político *chic* que poco o nada dice de las demandas de emancipación social de los colectivos a los que pertenece?, ¿qué ocurre cuando nuestras investigaciones se construyen bajo un relato salvacionista? La metodología interseccional mal entendida abre la posibilidad de búsqueda de subjetividades aparentemente inspiradoras. Pero lejos de convertir las investigaciones en curiosidades académicas que localizan sujetos “novedosos” anteriormente no investigados, –lo que implica de hecho objetualizar a las personas–, es importante no perder nunca de vista que los feminismos descoloniales parten de un ejercicio de acompañamiento desde las ciencias sociales a luchas sociales que, reformulando a las primeras, refuerce a las segundas. Esto implica la necesidad de estar disponible para acompañar estos procesos, de manera que podamos aprehender con un mínimo de claridad las demandas y necesidades que estos colectivos necesitan acometer y cómo proponen hacerlo, respetando siempre su agenda. De lo contrario, podemos correr el riesgo de terminar haciendo un ejercicio de sofisticación intelectual localizando sujetos “curiosos”, pero que no permita co-elaborar agenda y que, por tanto, la investigación resulte extractivista.

En segundo lugar, fue interesante descubrir que la mayoría de las personas asistentes investigaban o iban a investigar realidades de colectivos subalternos en el Estado español a los que no pertenecían, aunque en muchos casos ya se daba un acompañamiento previo. En este sentido, surgió otro interesante interrogante: ¿se pueden convertir los feminismos descoloniales en un nuevo mecanismo para que las mujeres de los nortes sigan investigando sobre

las mujeres de los sures? En efecto, que los feminismos descoloniales mal planteados puedan continuar justificando la investigación “sobre” y no “con” las otras es un riesgo cierto. De hecho, los aportes feministas descoloniales bien pueden y deben servir también para repensar nuestra propia realidad política en Europa.

Ahora bien, en mi opinión, la descolonización del conocimiento feminista en las investigadoras e instituciones de los nortes, pasa no sólo por leer y comprender a las feministas teóricas de los sures. Es necesario y urgente atreverse a vivir procesos de desidentificación que, según mi experiencia, sólo pueden darse en la vivencia corporal y la reflexión compartida con las otras feministas. La descolonización intelectual, hasta donde sea eso posible, pasa especialmente por el cuerpo, y sin contacto directo con las vidas y vivencias de las otras esto es prácticamente imposible. En cualquier caso, queda abierto el debate sobre qué implica asumir los marcos de pensamiento descolonial para las investigadoras feministas del norte en su propia realidad, por ejemplo, a la hora de analizar los efectos de las movilizaciones feministas masivas en el Estado español, o ante el auge del neofascismo en Europa.

En tercer y último lugar, se abrió también la reflexión sobre las alianzas políticas que puedan llegar a fraguarse a través de todas estas investigaciones y de la incidencia política que pueda tener lugar en el futuro. Sin duda, una de las riquezas más destacables de estos procesos de investigación (además de las transformaciones personales e intelectuales que como feministas posibilitan), es la capacidad que tienen de entrenarnos en la escucha activa de la diferencia y en unos feminismos capaces de sentir y pensar la diversidad global. En este sentido, qué entendemos como feministas descoloniales por internacionalismo feminista es un debate abierto donde, si bien no se puede renunciar a globalizar la lucha feminista, sí se reconoce el poder epistémico ejercido por las feministas de los nortes a la hora de definir las demandas globales feministas y el sentido de “lo feminista”. No en vano, los feminismos descoloniales cuestionan también por esto, entre otras razones, a los feminismos hegemónicos: por no haber socializado la capacidad de establecer una agenda internacional feminista en las últimas décadas.

Hoy los feminismos tienen en sus manos, de nuevo, la posibilidad de construir una agenda internacional diversa que haga frente al fascismo otra vez en pie. Esta posibilidad, en mi opinión, pasa por una ética feminista del reconocimiento mutuo en la diferencia. Necesitamos movernos en el sentido opuesto al fascismo, y eso requiere un nuevo sujeto político feminista que sea diverso en las comprensiones, atrevido en lo político y globalmente justo.

Bibliografía

- ANZALDÚA, Gloria (1990): *Making Face, Making Soul, Haciendo caras. Creative and critical perspectives by feminist of Color*, Aunt Lute Books, San Francisco.
- BLAZQUEZ, Norma (2011): *El retorno de las brujas. Incorporación, aportaciones y críticas de las mujeres a la ciencia*, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, UNAM, México.
- DE SOUSA SANTOS, Boaventura (2009): *Una epistemología del Sur*, Clacso/Siglo XXI, México.
- GIMENO, Juan Carlos y María Ángeles CASTAÑO (2014): “Antropología y Descolonialidad. Desafíos etnográficos y descolonización de las metodologías”, Actas del XIII Congreso de Antropología de FAAEE, Universitat Rovira i Virgili, 3433-3446, disponible en: https://books.google.es/books/about/Actas_del_XIII_Congreso_de_Antropolog%C3%ADA.html?hl=es&id=HZBuCAAAQBAJ&redir_esc=y.
- CASTRO-GÓMEZ, Santiago (2007): “Decolonizar la universidad. La hybris del punto cero y el diálogo de saberes”, en CASTRO-GÓMEZ, Santiago y GROSFOGUEL, Ramón (eds.): *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*, ILESCO, Bogotá, 79-92.
- CURIEL, Ochy (2007): “Crítica poscolonial desde las prácticas políticas del feminismo antirracista”, *Nómadas*, 26, 92-101.
- (2009): “Descolonizando el feminismo. Una perspectiva desde América Latina y el Caribe”, *Primer Coloquio Latinoamericano sobre Praxis y Pensamiento Feminista*, Buenos Aires.
- (2010): “Hacia la construcción de un feminismo descolonizado”, en ESPINOSA, Yuderis (coord.): *Aproximaciones críticas a las prácticas teórico-políticas del feminismo latinoamericano*, vol. I, en la frontera, s/l, 69-76.
- ESPINOSA, Yuderis (2009): “Etnocentrismo y Colonialidad en los feminismos latinoamericanos: complicidades y consolidación de las hegemomías feministas en el espacio transnacional”, *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*, 33, 37-54.

– (2014): “Una crítica descolonial a la epistemología feminista crítica”, *El Cotidiano*, 184, 7-12.

GIMENO, Juan Carlos (2011): “Poniendo la Antropología en valor”, *Revista Nuevas Tendencias en Antropología*, 2, 147-179.

– (2012): “Reflexiones críticas desde los márgenes sobre la producción de conocimiento para una acción transformadora”, *CUHSO. Cultura, Hombre, Sociedad*, 22, 137-176.

– (2015): “Practicando antropología de orientación pública en el Sáhara Occidental”, *Revista de Antropología de Orientación Pública*, 1-18.

GIMENO, Juan Carlos y CASTAÑO, María Angeles (2014): “Antropología y Descolonialidad. Desafíos etnográficos y descolonización de las metodologías”, *Actas del XIII Congreso de Antropología de FAAEE*, Universitat Rovira i Virgili, 3433-3446, disponible en: https://books.google.es/books/about/Actas_del_XIII_Congreso_de_Antropolog%C3%ADa.html?hl=es&id=HZBuCAAAQBAJ&redir_esc=y.

HARAWAY, Donna (1995): *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinvención de la naturaleza*, Cátedra, Madrid.

HERNÁNDEZ CASTILLO, Rosalba Aída (2003): “Repensar el muliculturalismo desde el género. Las luchas por el reconocimiento cultural y los feminismos de la diversidad”, *La Ventana*, 18, 9-39.

hooks, bell *et al.* (2004): *Otras inapropiables. Feminismos desde las fronteras*, Traficantes de Sueños, Madrid.

HILL COLLINS, Patricia (2012): “Rasgos distintivos del pensamiento feminista negro”, en JABARDO, Mercedes (ed.): *Feminismos negros. Una antología*, Traficantes de sueños, Madrid, 99-131.

JULIANO, Dolores (1998): *La causa saharaui y las mujeres. Siempre hemos sido muy libres*, Icaria, Madrid.

LEYVA, Xochitl (2011): “¿Academia versus Activismo? Repensarnos desde y para la práctica-teórico-política”, en AA. VV.: *Conocimientos y prácticas políticas: reflexiones desde nuestras prácticas de conocimiento situado. Tomo II*, CIESAS, Chiapas, Ciudad de México, Ciudad de Guatemala y Lima, 591-629.

LEYVA, Xochitl y SPEED, Shannon (2008): “Hacia la investigación descolonizada: nuestra experiencia de co-labor” en LEYVA, Xochitl,